

Talleres de escritura: ¿Cómo sé que valgo para escritor?

Víctor MORENO*

La pregunta que más preocupa a una persona que asiste a un taller de escritura es la que encabeza este texto: “¿Cómo sé que valgo para escritor?” Porque escribir, lo que se dice escribir, todas las personas lo hacen.

Para responder a esta cuestión, que involucra otro tipo de preguntas tanto o más complejas, suelo cobijarme en las siguientes reflexiones que vienen a continuación. En ellas, se distinguen tres tipos de respuestas con enfoques más o menos dispares: uno objetivo; otro subjetivo y, finalmente, un tercero, que no tiene nada de objetivo ni de subjetivo, sino, más bien, humorístico o, según se mire, más o menos irónico.

Enfoque objetivo

La verdad es que no existe ninguna teoría que avale una respuesta positiva o negativa. A no ser que uno sea Flaubert y el discípulo se llame Maupassant. Pero ya no lo aseguraría si el maestro se llamase Vargas Llosa y la alumna Corín Tellado o Maruja Torres.

11

Si existiera dicha teoría, acabaría por cuestionarse de tal modo que dejaría de ser válida para todos. Una teoría es una red que lanzamos para apresar aquello que llamamos “el mundo”: para racionalizarlo, explicarlo y dominarlo. Y tratamos de que la malla sea cada vez más fina. Pero las mallas están fabricadas con materiales de distinta procedencia y presentan diferentes grosores. De ahí las pescas y capturas tan contrastadas que se hacen con ellas.

En el fondo de la pregunta, late una petición de principio acerca de la legitimación del escritor y que, por extensión, podría aplicarse a cualquier realidad política, económica y social que se pretenda.

¿Quién o quiénes están legitimados para decidir que una persona vale o no vale para escritor? Y, previamente, ¿quién o quiénes han legitimado a estos legitimadores?

Repárese en que, así como existen escuelas y universidades que producen ingenieros, médicos, fontaneros, carpinteros, e, incluso, toreros, no existen instituciones dedicadas a producir escritores más o menos en serie.

Que se sepa, no hay ninguna escuela o institución que entre sus objetivos específicos se diga: “Aquí se hacen escritores realistas, surrealistas, dadaístas, postistas o minimalistas”.

* Escritor y crítico

Así como hay gente que firma sus artículos diciendo que es “doctor por Cambridge o por la Sorbona”, se podría decir; “escritor por la universidad de Salamanca o de Murcia”.

De este modo, ser escritor como su prestigio estaría en relación directa con la institución donde se llevó a cabo la educación y formación como tal.

Pero lo cierto es que, objetivamente, no existe tal formación. En parte porque se dice que enseñar a escribir no es posible. Por esta razón, bastante discutible, en el sistema educativo actual no se escribe más que en época de exámenes. La competencia literaria-escrita del alumnado que sale de los institutos como de las universidades deja muchos cabos sueltos.

En este país, la formación y conformación del escritor sigue estando en manos del propio individuo y del autodidactismo, el cual está lleno de incertidumbres, inseguridades y zozobras. Nadie, que escriba, se siente seguro de que lo que escribe está siquiera bien redactado. Algunas personas asisten a talleres de escritura buscando, precisamente, esa seguridad que no encuentran en sí mismos ni en los amigos más cercanos. El hecho de que de algunos centros, como la *Escola d'Esriptura del Ateneu Barcelonès*, hayan salido algunos premios o novelas exitosas, como *Olor de colònia* (1984), de Sílvia Alcàntara, ha sobrevalorado la influencia e importancia de dichos talleres. Pero conviene no echar las golondrinas a volar, pues ninguna de ellas hace verano. Los talleres pueden enseñarte ciertas técnicas literarias, pero la técnica no lo es todo. Cualquiera que lo pretenda puede aprender cómo Flaubert o Nabokov consiguen sus mejores páginas. Lo que no significa que uno se convierta en la sombra de tales maestros.

12

La formación del escritor no es un hecho social, sino producto, más bien, del genio que llevamos cada uno dentro de nosotros mismos; del genio, y del talento. En el imaginario social, vulgar y elitista, la imagen del escritor sigue anclada en el romanticismo. De ahí la actitud, a veces bobalicona, que se tiene ante los escritores, porque se los considera especiales, genios a los que hay que dar de comer aparte.

Se comprenderá, por tanto, que la pregunta no es tan banal, y que sugiere, a su manera, un cuestionamiento o búsqueda de cierto principio de legitimidad, de autoridad o de jerarquía estética, y que, hoy por hoy, dicho principio está de capa caída, aunque no tanto si se analiza el *campo literario* de nuestros días.

Este concepto, el de campo literario, y que puso de moda P. Bourdieu, refleja las tensiones y luchas cainitas, de momento incruentas, que se dan entre los escritores para entrar en dicho campo y formar parte de él.

Entrar en dicho campo no es fácil, y no basta sólo con escribir bien y gustar más o menos. Hay muchos escritores de los que venden miles de ejemplares que en ciertos sectores críticos no tienen siquiera la consideración de escritores. Recuerdo, en este sentido, las lamentaciones de Carmen Posadas ante el hecho de que muchos críticos no la consideraban escritora.

Las relaciones entre escritores y la validación de su identidad como tales siguen dando muchos quebraderos de cabeza, sobre todo a quienes son ninguneados por el *establishment* literario.

¿Por qué unos escritores adquieren la cédula de verdaderos y auténticos escritores, de raza y de una sola pieza, como dicen algunos, y otros, que concurren a la palestra de la considerada como opinión pública y por distintos conductos nada oficiosos ni oficiales, ni siquiera adquieren el mero estatuto de escritor o escritora, como llamaba Vargas Llosa a Corín Tellado, y cuya literatura es pura filfa?

¿Cuáles son los canales de legitimidad de estos discursos netamente ideológicos sobre lo literario? ¿Quién es el sujeto privilegiado que, investido de una autoridad que en principio ningún poder ostenta de forma objetiva y, desde luego, no es reconocida colectivamente, está legitimado para establecer que unos escritores son "verdaderos", y, por el contrario, otros son "falsos", por considerar que no cumplen ciertos requisitos, al parecer inexcusables, para formar parte de los elegidos?

A propósito de requisitos siempre nos quedará la pregunta acerca de cuáles son aquellos que hacen de alguien un escritor de reconocida valía.

El profesor Juan Carlos Rodríguez, al analizar el proceso de legitimación del discurso ideológico, aseguraba que "legitimar es igual a dominar". Toda legitimación conlleva la destrucción de la crítica contraria, que busca establecer en su lugar una nueva crítica, para alcanzar finalmente el nivel de hegemónica.

Cualquiera que sea asiduo a los suplementos literarios lo entenderá muy bien. *Babelia* ha conseguido hacer creer a la sociedad española que los únicos, grandes y verdaderos escritores son los que publican en *Alfaguara*, que, a su vez, son colaboradores de *El País* y, para más sonrojo, premiados con los premios que convoca la misma editorial o periódico. Escandaloso cambalache que no impedirá a los propietarios de *El País* aparecer como los más honrados, los más democráticos y los más comprometidos con España y sus regiones.

En este contexto, la legitimidad vendría determinada, no sólo por los posibles valores que un escritor pueda tener, que, ciertamente, constituyen un argumento poderoso a su favor, pero no el único, ni, con toda probabilidad, el más decisivo, sino que, como decía Hans Magnus Enzensberger, el futuro escritor obtendrá el reconocimiento y prestigio públicos no de sus valores como tales, sino "gracias al poder de las instituciones, de la empresa de la casa. Lo que importa no es tanto su opinión, sino la cifra de ediciones o la cuota de audiencia que consiga". Lo que es para pensarse si es mejor dedicarse a escribir o a domesticar ranas bermejas para el circo ruso.

El aval que concede certeza de legitimidad vendría determinado por el lugar social que uno ocupa en la denominada *institución literaria*, un término que engloba en sí mismo un sinfín de redes significativas, pero que no se sabe qué parcela de la realidad abarca con exactitud. Para muchos analistas, la verdadera *institución literaria* hoy día es el Mercado que dicta hasta la estética a seguir.

Una institución que no existe en realidad y que, como el propio Enzensberger reconoce, definirla no sería nada sencillo, pero a la que se invoca constantemente, quizás, con el fin de

corregir y anular todo tipo de *transgresiones* en el orden cultural, especialmente las que se llevan a cabo de modo individual fuera de los cánones estrictos de dichas instituciones.

¿Dónde está la llamada institución literaria? En ningún lugar. ¿Quiénes forman parte de ella? En realidad nadie; porque nadie puede habitar ni ocupar un lugar que no existe. Pero, al atribuírsele un carácter simbólico, se refuerza más si cabe su poder.

En ocasiones, se sostendrá que dicha institución está formada por todas aquellas personas que, de forma relevante, integran el *establishment* literario: ciertos catedráticos, profesores, críticos, ensayistas y escritores. Una suerte de cabildo de expertos en juicios literarios que, merced a distintos conductos, a veces exógenos, se reproducen de modo endogámico.

Nadie sabe cómo se accede a esa institución, pero quienes están dentro de ella dictan sentencia acerca del estado actual de la literatura, del canon novelesco, del quién es quién en literatura, de la elaboración de la historia de la literatura más reciente, de la verdadera y legítima literatura con mayúsculas, que dicen algunos, y de quienes alcanzan el nivel de escritores y de quienes no.

Si hace unas décadas, la validez de la literatura se sustentaba en la autoridad científica del erudito o del sabio, al margen de su pertenencia a entidades colectivas o instituciones de cualquier signo, hoy ya no sucede eso.

14 Antes, un ensayista quedaba avalado por su obra. Ahora, descansa en instituciones que, a su vez, están protegidas por entidades que apenas si tienen que ver con lo literario.

Así que ¿cómo sé que valgo para escritor?

Muy sencillo: los suplementos literarios de los periódicos más importantes te lo dirán.

Enfoque subjetivo

El segundo enfoque tiene la virtud de consolar a quien, por las razones objetivas aducidas, considera que no *da la talla* de escritor, porque unos desaprensivos críticos así se lo han hecho creer.

La verdad es que en esto de la escritura, habría que decir que muchos son los llamados, pero pocos los escogidos por el mercado, por las editoriales y por los lectores, quiero decir.

¿Qué decir? Sobre todo, tranquilidad. Porque quien escribe y tiene pretensiones de llegar a ser escritor debería quitarse de la cabeza semejante obsesión, porque desde el momento en que escribe ya es escritor. Así que, un problema menos.

Ahora bien, si se considera que escritor es aquel que publica, entonces la cuestión ya resulta más problemática. Para quien escribe y tiene pretensiones, es decir, de llegar a los demás, de ser famoso, de *pasar a la contemporaneidad*, que diría el infumable Suso de Toro, el asunto es más complicado y la radiografía del fenómeno se hace más difícil.

Mirándome en el espejo solitario del baño cómo sé que valgo para escritor. ¿De qué pistas, hechos, indicios, subjetivos y objetivos, dispongo para despejar esta incógnita?

Un sistema consiste en tener en cuenta las sugerencias que los escritores consagrados han ido estableciendo a lo largo de la historia. Serían, por decirlo de alguna manera, las señales y estigmas del verdadero escritor. Nadie que las viese reflejadas en su persona y en su vida debería dudar de encontrarse ante un escritor. Pues constituyen, como digo, las marcas indelebles de Proust, de Kafka, de Mann, de Döblin o de Duras.

¿A qué marcas o estigmas me refiero?

La propensión o inclinación a estar solo

Quien empieza a sentir desde muy joven la inclinación a apartarse de los demás, a sentirse diferente de los otros, convéznase de que está llamado para ser un artista.

El escritor, si se precia, ha de vivir más solo que un cartujo. La soledad es vitola del escritor. Si a esta incipiente misantropía o repugnancia a la sociabilidad —que como decía Schopenhauer es el origen de todos los conflictos—, que impone la mediocridad, se le suma un marcado acento para hacer lo que otros no hacen, es decir, no ser gregario, ni tribal, sino un individualista como un limaco, se encuentra en la senda del verdadero escritor.

La propensión a la melancolía y a cierta incipiente infelicidad

Si alguien pregunta a este futuro escritor sobre este asunto, éste nunca debe responder que es feliz, pues la felicidad es incompatible con ser escritor. Sólo los tontos son felices, como dice Vargas Llosa. Esta cualidad, más o menos divina, se viene defendiendo desde el romanticismo. Y no hay manera de quitársela de encima. Si algún periodista pregunta a un escritor consagrado si es feliz, la respuesta no se hará esperar: “¿Usted, por quién me toma, por gilipollas?” Felicidad y escritor son dos términos que se repe-
len.

Si en tu vida te sientes feliz en algún momento, tendrás que dudar de tus inclinaciones serias por la escritura.

La propensión más o menos insana a mentir

Es más, si desde niño ya eras un compulsivo mentiroso, mejor. Es la marca segura de estar predestinado para ser escritor. Pues la mentira es consustancial a la ficción, a la invención y a la transformación más o menos inverosímil de lo real.

Hay quienes aseguran que la literatura nada tiene que ver con la mentira. Entre ellos, lo dice muy seriamente Javier Marías. No es de extrañar que resulte tan aburrido cuando él divaga en sus novelas.

Hay también quienes aseguran que la literatura actual adolece de escritores demasiado verdaderos, que apenas mienten, como mentían los grandes creadores de las epopeyas, Homero, Hesíodo, los autores de la Biblia, el Guilgamesh, de la antigua vieja Mesopotamia. Y, claro, no es de extrañar que la literatura actual sea tan aburrida.

La propensión permanente a angustiarse, a impacientarse

Si a la hora de escribir no encuentras el adjetivo adecuado para colocar a un personaje o describir una tarde de otoño, y te desesperas tanto que serías capaz de vender a tu madre por ese adjetivo, alégrate: eres un escritor como pocos.

Si pasas horas de incertidumbre por no hallar la palabra adecuada y exacta para definir o describir un estado emocional del personaje o un clavo colgado en la pared, no lo dudes: es la indicación que andabas buscando, pues quien padece estas intermitencias está llamado a emular las hazañas de Chejov o Carver.

La propensión a amar con delirio y pasión ilimitada la página en blanco

Es la prueba del algodón del escritor. Una página en blanco le pone al futuro escritor.

Muñoz Molina y Gamoneda han llegado a declarar por separado que no hay cosa que amen más en este mundo que un folio en blanco. Si ellos lo dicen... Bueno, un folio en blanco es lo más parecido a un cheque... en blanco.

Claro que también existe la actitud contraria: escritores auténticos, de una sola pieza, de raza, que sufren de lo lindo ante dicha página, porque escribir la primera línea es tremendo, de una responsabilidad mayor que la de un presidente de gobierno a la hora de decidir si se arrasa con napalm la población civil de un país enemigo. Lógico. Si no escribes la primera línea, ¿cómo podrás escribir la segunda?

16 *La propensión a declarar, pero sólo a declarar en público, que si no escribiera, me moriría o me faltaría algo esencial en la vida*

Esta mistificación la han dicho tantos escritores que, a estas alturas, ya nadie se la cree. Así que, si la piensas o la sientes, mejor no comunicarla.

La propensión a asociar la escritura con un instrumento de tortura

Existen escritores que aseguran que se juegan la vida en cada palabra que escriben, en cada coma que colocan mal o en cada anacoluto que perpetran.

A esta gente que considera la escritura como si se tratara de un cáncer, habría que prohibirles escribir, pues nada tan antagónico como asociar dolor con una actividad que uno hace porque le da la realísima gana, a no ser que quien lo diga sienta que escribe como algo que no puede evitar, que le viene impuesto desde dentro y desde fuera, como un *fatum*, inevitable, doloroso y mortal.

Si es así, habrá que guardar silencio, pues los misterios de la escritura son, como dicen algunos, sólo para iniciados.

Otras falacias más o menos divertidas

La retórica de la justificación valiosa del escritor también se alimenta de otras argucias, que uno puede considerarlas como válidas o como falacias *ad hóminem*. De entre las más habituales, señalo:

Llevar una vida literaria

Personalmente, ignoro qué es llevar vida literaria, pero hay escritores que hacen gala de ello.

En mi opinión, la vida de un escritor es lo menos literario que hay. Un escritor es un señor que escribe en una habitación, donde no hay nadie más que él, el gato, si lo tiene, y la botella de agua o de alcohol, a su lado. La vida de un escritor quizás sea literaria, pero por lo que uno sabe es lo más rutinario que hay. Un escritor sin rutina no es escritor.

Amar la literatura por encima de todas las cosas y de las personas

Y amarla mucho más que al prójimo o a los propios familiares, o considerar más reales los personajes de las novelas que uno escribe y lee que el vecino de al lado que se está muriendo de cáncer. Esto le da a uno cierta sensación de estar por encima de cualquier banalidad.

Dedicar mucho tiempo a escribir y considerar que por este hecho lo que uno escriba ha de ser necesariamente bueno o muy bueno

Hay algo que se llama talento y el tiempo, con ser baza importante, no lo es todo en literatura como en muchas artes. Hay obras geniales que se hacen en seis meses, y otras, que son un desastre, se han escrito en cinco años. Y, por supuesto, existe la viceversa y la convicversa.

Corregir mucho

Espejismo de muchos escritores. Se puede corregir lo más externo, la coherencia, la cohesión, la ortografía, pero poco más. La concepción que uno tiene de lo que escribe es determinante, y eso no se modifica corrigiendo. Es preciso echarse a la espalda un interlocutor duro, cruel incluso, y que sea capaz de decirte que lo que has escrito es muy malo. Claro que si quieres seguir siendo su amigo, lo mejor es callarte o decirle que su prosa es excelente.

Ir de fracaso en fracaso

Hay gente que se empeña en ver en el fracaso el signo de su victoria. A esto se le llama sublimación. No soy quién para sacarlo de semejante delirio.

He vendido más que nadie

Si es así, enhorabuena. Pero eso no significa que seas ni muy bueno ni mejor que quien no vende. Ningún escritor sabe con exactitud si su éxito se debe a que sabe escribir muy bien o a que la editorial ha vendido muy bien su obra.

Coda final

La calidad de un texto —al margen las cuestiones básicas, como coherencia, cohesión, adecuación y ortografía— depende de su poder cognitivo, de su poder metafórico y de su poder original. Cognición, metáfora y originalidad, he aquí el triángulo en el que se basa la argamasa de una buena literatura.

Cognición: conocimiento, cultura, ideas, visión de la realidad, transmitida mediante los elementos constitutivos y específicos de un texto.

Metáfora: deslumbramiento lingüístico-literario, sea prosa, poesía, ensayo, teatro o papirofle-xia. Exactitud, adjetivación cuidada, rigor y precisión al nombrar. En castellano no existen sinónimos. Se usan cuando hay impericia y desconocimiento lexical.

Originalidad: cualquier escritor que empieza debería plantearse la siguiente incómoda cues-tión acerca de lo que escriba: ¿de qué modo y manera supero a quienes antes que yo escri-bieron sobre lo que yo he escrito? Si no los supero en nada, ¿para qué publicar?

En resumen: La única manera de saber si valgo para ser escritor es escribir. Si no lo haces, nunca lo sabrás.